UGO PIPITONE

# La salida del atraso

## Un estudio histórico comparativo

OBRAS DE ECONOMÍA

NUEVA EDICIÓN

**Ugo Pipitone**, economista por la Universidad de Roma, es profesor investigador emérito del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III. En 2007 fue reconocido con el título de *commendatore* de la República italiana. Ha escrito diversos libros, entre los cuales se encuentran *Un eterno comienzo. La trampa circular del desarrollo mexicano* (Taurus / CIDE, 2017), *La esperanza y el delirio: una historia de la izquierda de América Latina* (Taurus / CIDE, 2015), *Modernidad congelada. Un estudio de Oaxaca, Kerala y Sicilia* (CIDE, 2014) y *Ciudades, naciones, regiones. Los espacios institucionales de la modernidad* (FCE, 2003).

Sección de Obras de Economía

# LA SALIDA DEL ATRASO

UGO PIPITONE

# La salida del atraso

## UN ESTUDIO HISTÓRICO COMPARATIVO

CIDE

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCENCIA ECONÓMICAS

Primera edición, 1994
Segunda edición, 1995
Tercera edición, 2020

[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Pipitone, Ugo
La salida del atraso. Un estudio histórico comparativo / Ugo Pipitone. — 3ª ed. — México : FCE, CIDE, 2020
501 p. ; 23 × 17 cm — (Colec. Economía)
ISBN 978-607-16-6773-1 (FCE)
ISBN 978-607-8508-71-6 (CIDE)

1. Economía — Historia 2. Economía — Estudio comparativo 3. Economía internacional I. Ser. II. t.

LC HC55 Dewey 330.9 P614s

D. R. © 1994, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

D. R. © 1994, Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C.
Carretera México-Toluca, 3655; 01210 Ciudad de México
www.cide.edu
editorial@cide.edu
Tel.: 55-5727-9800

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero
Imagen de portada: iStock Photo / jgroup

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6773-1 (FCE-rústico)
ISBN 978-607-8508-71-6 (CIDE)
ISBN 978-607-16-6975-9 (electrónico-pdf)

Hecho en México • *Made in Mexico*

# SUMARIO

*Prólogo a la nueva edición* . . . . . 13
*Introducción* . . . . . 15
*Plan de trabajo* . . . . . 21

*Primera parte*
EL CAPITALISMO, EMPRESA EUROPEA
DESBORDADA SOBRE EL MUNDO

I. *El comercio: de las ferias a las colonias* . . . . . 25
II. *La agricultura: del* Señor *al mercado* . . . . . 34
III. *Un Estado no tan ausente* . . . . . 44

*Segunda parte*
INTENTOS EXITOSOS DE SALIDA DEL ATRASO

IV. *Suecia: un milagro con varias explicaciones* . . . . . 57
V. *Dinamarca: de una cultura comunitaria a otra* . . . . . 90
VI. *Japón: un precoz capitalismo de Estado* . . . . . 122
VII. *Italia, o la dificultad de las reformas* . . . . . 163

*Tercera parte*
INTENTOS FALLIDOS DE SALIDA DEL ATRASO

VIII. *India, un atribulado camino al desarrollo* . . . . . 205
IX. *Nigeria: las turbulencias de un país en formación* . . . . . 248
X. *Brasil: crecimiento e inequidad* . . . . . 286
XI. *México: estancamiento de largo plazo e instituciones* . . . . . 327

*Cuarta parte*
*ADDENDUM* ASIÁTICO

XII. *Corea del Sur: un exitoso camino más allá del atraso* . . . . . 375
XIII. *China: de la utopía al mercado* . . . . . 398

*Conclusión* . . . . . 425
*Bibliografía* . . . . . 441
*Índice analítico* . . . . . 477
*Índice general* . . . . . 499

*A Rita (1924-2000)*
*y a Tommaso (1920-1988)*

Yo también enfrento el problema de la historia. ¿Qué conservar, qué desechar, cómo asirse de aquello que la memoria insiste en abandonar, cómo enfrentar el cambio?

SALMAN RUSHDIE, *Vergüenza,* 1983

# PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Esta nueva edición de un libro publicado por el Fondo de Cultura Económica (FCE) y el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) hace ya un cuarto de siglo tuvo que hacer las cuentas con dos problemas. El primero consistía en decidir si la estructura de la argumentación había resistido al paso del tiempo. El segundo conllevaba la revisión del texto a la luz de los acontecimientos y las reflexiones que sobre el tema se habían acumulado desde, es el caso decir, el siglo pasado. He dedicado los últimos dos años a la nueva redacción del texto que el lector tiene ahora en sus manos. Lo que ha significado reparar elementos de la argumentación que necesitaban ser puestos al día e incorporar reflexiones surgidas recientemente acerca de los países estudiados en la primera edición. Ni una sola página de la vieja edición ha sobrevivido intacta a esta relectura, lo que no significa que el texto sea completamente nuevo, pero tampoco es una operación de maquillaje de la edición anterior. Entre multitud de complementos y refraseos, el mayor cambio consiste en el añadido de un último capítulo ("*Addendum* asiático"), que narra dos experiencias de desarrollo tardío recientes: Corea del Sur y China.

A pesar de frecuentar el castellano escrito desde hace cuatro décadas, mi redacción sigue adoleciendo de varias fallas que la clemencia hacia el lector me sugiere no detallar. Sólo quiero dejar constancia de la ayuda esencial aportada a la legibilidad de este texto por las múltiples, fatigosas correcciones de mi hija Marian.

CIDE, mayo de 2018

# INTRODUCCIÓN

La gran mayoría de la población mundial vive en un amplio, accidentado archipiélago que podemos denominar genéricamente "atraso económico". Abordaremos este tema desde la perspectiva de las experiencias (cercanas y lejanas, exitosas y fallidas) de emancipación del atraso. Se tratará de entender cómo fue posible que algunos países tuvieran éxito en la empresa mientras otros, a pesar de los intentos, siguieron atrapados en su fuerza gravitatoria. Pero ¿qué se entiende aquí por atraso? En síntesis, una tríada interactiva de baja productividad, elevada segmentación social (y sectorial) y escasa calidad institucional.

El capitalismo es nuestra atmósfera económica y la frontera móvil en la cual se ha desplegado la Edad Moderna. No debía ser sencillo para un estudioso de los siglos pasados entender en qué sentido pudiera describirse como capitalismo tanto a la Polonia semiservil de los magnates exportadores de cereales como a la Inglaterra industrial del cambio tecnológico, el auge urbano y el movimiento sindical. Una dificultad parecida enfrentaría hoy quien intentara explicarse el dualismo estructural de las economías latinoamericanas a la luz de la historia *mayor* del desarrollo capitalista en países como Holanda, Noruega o Bélgica. Si los caminos han sido y son tan diferentes, habrá que reconocer que debajo de la palabra "capitalismo" cohabitan, a escala mundial, estructuras y lógicas diferenciadas. Además, para complicar el escenario, la historia no se repite: se dice que las transformaciones experimentadas inicialmente por algunos países que salieron exitosamente del atraso no pueden recrearse siempre por los mismos medios.

Se conduce aquí una lectura de varios fragmentos de historia del capitalismo a través de tiempos y países. En la primera parte, se verá cómo las transformaciones en el comercio, la agricultura y el Estado desde la Baja Edad Media generaron las fuerzas sociales y los mecanismos económicos que convertirían a Europa en un engranaje de fuerzas proyectado hacia la innovación tecnológica, el cambio social y, finalmente, la hegemonía mundial. Dependiendo de las estructuras previas y de la intensidad del cambio, comercio, agricultura y Estado han sido las bases lejanas del desarrollo y del atraso. En la segunda parte, se estudiarán políticas y circunstancias que hicieron posible que los países rezagados a formas modernas de desarrollo capitalista concentraran en pocas generaciones las fuerzas para activar amplios procesos de crecimiento económico y transformación social. Se estudiarán experiencias ejemplares (aunque no mecánicamente repetibles) en una reflexión sobre condiciones y estrategias de superación del atraso. En la tercera parte, se tratará de entender por qué, a

pesar de sus intentos, otros países no pudieron salir de un retraso que puede cambiar sus formas manteniendo los tres rasgos centrales mencionados arriba.

Durante un ciclo de conferencias en Cambridge en 1961, el profesor Carr se refirió al pensamiento histórico como instrumento para "comprender el pasado a la luz del presente, y el presente a la luz del pasado".[1] Nadie mira al pasado con una mente perfectamente despejada y, en realidad, no hace falta. Una mirada "pura" (que expresa a menudo una ideología inconsciente) es más una carga que una ventaja. Mirar hacia atrás requiere de criterios que sólo las dudas y las interrogantes del presente pueden proporcionar.

Decía Benedetto Croce: "Toda historia es historia contemporánea". Muchas cosas se derivan de una afirmación como ésta. En primer lugar, que el pasado nunca pasa por completo en la vida de los pueblos, por lo que victorias o derrotas lejanas, desafíos asumidos o evitados, siguen moldeando el presente, abriendo o cerrando posibilidades evolutivas. Pero el filósofo italiano tenía razón también en otro sentido: los nudos de opciones que necesitan desatarse en el presente suponen a menudo opciones culturales y determinaciones políticas que ya otras veces, si bien en distintas formas, se presentaron en el pasado. De ahí que en la historia se encuentre el mejor inventario de las posibles (pero nunca todas) alternativas del presente.

Sin la historia, como horizonte de reflexión, el mismo error seguirá apareciendo como un accidente. Además, hay momentos, y desde hace un puñado de décadas estamos inmersos en uno de ellos, en que procesos económicos, sociales y tecnológicos pujantes parecen convertir todo aquello que ocurre en una necesidad ineludible que estrecha los espacios de la razón agudizando la incomodidad de pensar en alternativas. La historia deja de presentarse como mezcla inestable de necesidad y libertad, de condiciones creadas y voluntades de cambio y asume el aspecto de un movimiento inexorable. Adaptarse a la corriente dominante se vuelve virtud suprema, tanto en la reflexión como en la política.

Bajo esta luz, el presente ensancha sus posibilidades evolutivas al ponerse en contacto con las experiencias pasadas. En defensa del funcionamiento espontáneo de los mercados, el atraso económico termina por ser visto como sanción de un pecado de excesivo voluntarismo. Recurrir a experiencias lejanas o recientes es una forma de reencontrar la realidad, no sólo como inercia, sino como depósito de múltiples posibilidades de desarrollo. Así, la historia se vuelve instrumento para agrietar la aparente solidez del presente.[2]

[1] Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?,* Planeta, Barcelona, 1981, p. 144. Escribía otro gran historiador: "En muchas ocasiones, yo había leído y contado historias de guerras y batallas. ¿Pero conocía realmente lo que es para un ejército quedar cercado y para un pueblo sufrir la derrota, antes de haber experimentado yo mismo esa náusea atroz?", Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador,* FCE, México, 2001, p. 71.

[2] Un estudioso francés de san Agustín decía que el movimiento centrífugo que guía al individuo a salirse de sí mismo es en realidad condición necesaria para que pueda reencontrarse en

Una lectura de las experiencias de salida del atraso hecha a partir de la actualidad necesita vencer la tentación de convertir en paradigma cada caso exitoso. No hay automatismos suficientemente poderosos en la vida de los países y de las sociedades que garanticen que cierta acción producirá el mismo resultado independientemente del tiempo y del lugar. Todo intento imitativo requiere originalidad porque, aun dejando de lado a Heráclito, el sujeto nunca es el mismo y el contexto tampoco. Las filosofías de la historia suponen la existencia de fuerzas metasociales (providencia, progreso o leyes del mercado) que conducen a los conjuntos humanos hacia rumbos predeterminables.[3] Hay demasiadas paradojas en el camino de las sociedades que pueden obligar a largas desviaciones respecto a sendas que parecían seguras. La esclavitud, que constituye un *prius* histórico respecto a la servidumbre, fue abolida en el Imperio británico en 1833, cuatro siglos después de que esta última desapareciera de Inglaterra. Y los Estados Unidos, un país que no conoció la servidumbre, necesitaron una guerra civil para cancelar la esclavitud en 1865.

Extrapolar tendencias dominantes en el pasado de algunos países en paradigmas de validez universal conduce a graves despistes. Un ejemplo: reflexionando sobre Inglaterra, país al que considera el mejor "laboratorio" para entender la lógica capitalista a escala mundial, Marx llegaba a la siguiente conclusión: "La gran industria ejerce una acción tanto más revolucionaria en la esfera de la agricultura en cuanto que destruye lo que era el baluarte de la vieja sociedad, el 'campesino', sustituyéndolo por el trabajador asalariado".[4] He aquí el resultado de suponer que la dinámica del capitalismo en Inglaterra pudiera fijar pautas de validez universal. Lejos de ser "liquidado", el "campesino" será en Dinamarca, como veremos más adelante, el centro de un vigoroso desarrollo capitalista. Algo parecido puede decirse para Japón, Francia y Corea del Sur.

Una mirada a los países que desde fines del siglo XIX experimentaron procesos exitosos de salida del atraso indica que raramente estos procesos fueron resultado de las mismas circunstancias. Emanciparse del atraso supone un curso complejo, síntesis de acontecimientos y políticas cuya interacción no sigue un libreto depositario de verdades eternas. En algunos países, el dato inicial fue el cambio de estructuras agrarias tradicionales; en otros, el comercio

un nivel más elevado de conciencia. De ahí que el descubrimiento del "otro" puede ser esencial para el propio entendimiento; reencontrarse con el pasado de otros pueblos puede ser condición para entender mejor el presente de la sociedad de la cual se es parte; véase Henri-Irénée Marrou, *La conoscenza storica,* Il Mulino, Bolonia, 1962, pp. 247-248. "La historia nos libera de las trabas y de los límites que nuestra posición en el ámbito del devenir […] impone a nuestra experiencia humana. Es por ello que, de alguna manera, la historia se convierte en un instrumento, un medio, de nuestra libertad" (p. 272).

[3] Marrou decía que filósofo de la historia es quien "cree poder decir la última palabra sobre el misterio del tiempo", *ibid.,* p. 274.

[4] Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política,* t. I, lib. I. *El proceso de producción del capital,* 4ª ed., FCE, México, 1946/2014, p. 450.

exterior desempeñó un papel decisivo; en algunos casos, el proteccionismo fue el factor desencadenante de reacciones creativas y, en otros, un reto político externo activó comportamientos nacionales que condujeron a procesos de desarrollo y bienestar sostenibles. Pero casi siempre fue esencial la capacidad de los gobiernos para ofrecer un marco más o menos consistente a la acción de los agentes privados estableciendo entre ellos un sistema de reglas confiables capaces de fijar un horizonte tan deseable como asequible.

Apuntemos tres aspectos. Primero: en ningún país que transitó hacia formas maduras de desarrollo capitalista el cambio fue posible sin que, previa o simultáneamente, se dieran profundas transformaciones en sus estructuras agrarias. Una agricultura eficiente y sin hondas fracturas sociales parecería ser una *conditio sine qua non*. Segundo: el tránsito mencionado es posible sólo ahí donde el Estado ha alcanzado (o está en proceso de consolidar) niveles relativamente elevados de eficacia administrativa y credibilidad social. Tercero: la salida del atraso no es generalmente un proceso lento, sino que, por el contrario, manifiesta un carácter compulsivo que en pocas décadas aglutina masas de energías renovadoras. Éste es el caso de países que estudiaremos aquí, como Japón, Suecia, Dinamarca o Corea del Sur que, si bien tardíamente, pudieron en cuatro o cinco décadas crear estructuras productivas e institucionales comparables con los países a la cabeza del capitalismo mundial en distintos momentos de la historia contemporánea.

Hasta aquí (explícita o implícitamente) nos hemos referido al "desarrollo" como si su significado fuera intuitivo. El desarrollo se nos presenta de modo que, cualquiera que sea el origen del impacto que modifica la situación previa, desde algún momento tiende a multiplicar los efectos que promueven nuevos cambios. Uno de los signos de este proceso reside en la progresiva escasez de la mano de obra. Si el desarrollo implica la mejora de las condiciones de vida de las personas, estas condiciones tenderán a progresar a medida que el trabajo se convierta en un *factor* escaso. La sociedad necesita desprenderse de un mayor volumen de bienes y servicios para el uso de ese factor que se ha vuelto escaso. La insuficiencia de trabajo impulsa el avance de los procedimientos técnicos para obtener mayores resultados con menores recursos. Es fácil transferir tecnologías de un país a otro; lo es menos trasplantar los comportamientos individuales y colectivos, así como la armazón sociocultural de la que la innovación tecnológica es producto.[5] Antes de la expansión interna-

[5] Aprovechando los conocimientos de artesanos cristianos tránsfugas, los turcos pudieron construir, en el siglo XV, sus primeras piezas de artillería. Fue justamente gracias a estos cañones que el baluarte de Occidente en Asia Menor, Constantinopla, terminó por caer bajo el ataque musulmán en 1453. Cipolla relata cómo los musulmanes construyeron, bajo la guía de un fundidor húngaro al servicio de Mahoma II, un cañón de dimensiones extraordinarias como nunca los cristianos habían pensado que pudiera construirse. Haciendo a un lado el hecho de que después de sus primeros disparos el terrible cañón se cuarteó y quedó inservible, los turcos nunca pudieron retroalimentar aquella tecnología con aportes originales. Es más fácil apropiarse de un produc-

cional del capitalismo a partir del siglo XVI, este sistema surgió de una trabazón intergeneracional en que eran reconocibles los comercios mediterráneos que vienen desde el siglo XI, los avances de la agricultura, el desarrollo urbano, las ferias, los gremios, las repúblicas marineras, los procesos de formación de Estados nacionales y los ejércitos permanentes, el comercio de especias con el Oriente, la expropiación de tierras de uso colectivo, etc. Una unidad en movimiento que no puede eliminar el conflicto, y un conflicto que reproduce la unidad en formas renovadas.

Pero en este punto es oportuna una apostilla lexical. El atraso resulta de la debilidad de energías de renovación en distintos espacios europeos que quedaron al margen en momentos decisivos de la historia del continente. Por estar alejadas de los polos más dinámicos del comercio o por la exitosa resistencia al cambio ejercida por añejas estructuras de poder político, amplias áreas de Europa permanecieron estancadas mientras que a su alrededor, la riqueza encontraba nuevos canales e impulsos. En esta condición cabe parte de Italia desde el siglo XVI, la península ibérica, los países escandinavos hasta mediados del siglo XIX, Europa oriental desde Pomerania hasta Bohemia y, obviamente, el Imperio ruso. El atraso se concentra en los extremos geográficos de Europa: el norte (Escandinavia), el sur (el extremo meridional de Italia y Grecia), el occidente (la península ibérica) y el oriente (Rusia y una parte de Europa central). En esta dilatada extensión territorial, que engloba culturas, historias políticas y tradiciones productivas, el atraso se derivó de la marginalidad geográfica respecto a los núcleos más dinámicos de la economía europea desde la Baja Edad Media.

El subdesarrollo (una expresión no libre de ambigüedades) corresponde a un proceso distinto, que viene de un trasplante histórico fallido. Áreas extraeuropeas, vastos territorios del continente americano, de Asia y más tarde de África fueron abruptamente integrados a esquemas globales de comercio del todo externos a su anatomía y fisiología social autóctonas. Se transfirió un producto terminado sin transferir aquellos factores materiales y espirituales que habían hecho del capitalismo el producto incipiente de la Edad Moderna europea. Un trasplante de órganos que a lo largo de medio milenio no ha sido ni asimilado del todo ni del todo rechazado, excluyendo casos históricamente recientes como Japón, Corea del Sur y pocos más. El capitalismo, que alimentó nexos cada vez más estrechos a escala global, rompió líneas de evolución histórica de varios pueblos sin permitir su sustitución por otras igualmente autocentradas. El subdesarrollo es el producto de la aventura mundial de Europa. Aquello que pudiera haber sido "atraso" en otras partes del mundo (por cuanto está lejos de ser obvio en qué sentido podría hablarse de atraso en referencia a la China de la dinastía Tang), al contacto con una Europa ex-

to físico que del proceso social y cultural que lo hace posible y alimenta su desarrollo ulterior; Carlo M. Cipolla, *Vele e cannoni,* Il Mulino, Bolonia, 1983, p. 82.

pansionista se volvió "subdesarrollo". Un híbrido sin caminos viables hacia adelante. Tal vez no sea una casualidad que, fuera de Europa, los países que permanecieron por siglos en una condición colonial no han protagonizado, después de sus independencias, procesos exitosos de desarrollo, o sea, de crecimiento económico con integración social. Permanece en el tiempo un legado de segmentación productiva y de la sociedad, así como de comportamientos institucionales parasitarios.

La clave del subdesarrollo no está tanto en una insuficiencia, en algo que pueda indicarse con un signo de menos, como en una deformación originaria que se transmite en el tiempo. De ahí la marcha asincrónica de sociedad, economía y política, que producirá urbanización sin industrialización, industrialización sin innovación tecnológica, crecimiento sin agriculturas integradas y, a veces, democracias formales con cimientos oligárquicos. Resultado de una historia donde el capitalismo, como consecuencia de la expansión mundial europea, nació antes que los capitalistas. En otros términos, el subdesarrollo es un atraso que ha ido acumulando en el tiempo las deformaciones estructurales derivadas de una penetración capitalista que no podía reproducir los elementos de su propia conformación histórica.

# PLAN DE TRABAJO

Este libro se articula en tres partes. En la primera se describen las transformaciones en el comercio, la agricultura y el Estado que permitieron a algunos países europeos asumir una posición de vanguardia en el desarrollo del capitalismo europeo mucho antes de la Revolución industrial. En la segunda parte, centrando la atención en Suecia, Dinamarca, Japón e Italia, se analizarán las políticas económicas y las circunstancias de orden nacional e internacional que hicieron posible a estos países atrasados recuperar, en pocas décadas, el terreno perdido en los siglos anteriores. En la tercera parte, se estudiarán las experiencias de desarrollo de India, Nigeria, Brasil y México en el curso de las últimas décadas, tratando de entender las razones por las cuales, a pesar de algunos éxitos, persisten en estos países desequilibrios que traban sus oportunidades de acceso a estructuras productivas y socialmente integradas. Al final del libro se ha añadido un *addendum* que incluye el estudio de los desarrollos recientes de Corea del Sur (un país que, en la segunda mitad del siglo XX, puede decirse que dejó a sus espaldas una realidad de atraso) y de China que, a pesar de sus notables progresos, sigue en marcha en una posible ruta de salida del atraso.

# Primera parte

# EL CAPITALISMO, EMPRESA EUROPEA DESBORDADA SOBRE EL MUNDO

Intentemos algo parecido a un juego de sombras chinas donde aparecen proyectados sobre una pantalla los mayores trazos de aquellos cambios históricos que no tocaron a los países que, desde comienzos de la Edad Moderna, quedaron al margen de la corriente de innovaciones (económicas e institucionales) que prepararon el terreno de la futura industrialización europea. El tema es el proceso por medio del cual los avances técnicos, las redes de comercio, las guerras y los Estados nacionales terminaron por amalgamarse en una organización social inédita que recibirá el nombre de capitalismo. La clave de lectura está aquí en tres dimensiones distintas e interconectadas: el desarrollo del comercio, las transformaciones sociales y productivas de la agricultura y la dilatación del Estado como sistema formal de poder sobre espacios territoriales ampliados. El capitalismo es un producto europeo que se desbordó al mundo convirtiendo sus reflejos y necesidades en rasgos consustanciales a la Edad Moderna.

# I. EL COMERCIO: DE LAS FERIAS A LAS COLONIAS

Con el empuje del aumento demográfico, el renacimiento urbano y los comercios, que rompen un añejo encierro localista, el Viejo Continente emprende el rumbo hacia cambios seculares cuyos productos maduros serán el capitalismo y la afirmación de su hegemonía sobre el resto del mundo.[1] Desde el siglo xi, Europa comienza a restablecer la navegabilidad de dos grandes mares: el Mediterráneo y el mar del Norte. Después de casi cuatro siglos de dominio, el islam inicia su repliegue frente a las nuevas presiones (las repúblicas marítimas de Génova, Pisa, Amalfi, etc.) que terminarán por convertir el mar Mediterráneo en una especie de lago interno de la cristiandad. Progresivamente, la principal arteria comercial de Europa se restablece. De ahí a poco, las cruzadas prestarán la fuerza de la fe a la reconquista mercantil. Y al otro extremo, el mar del Norte se vuelve ruta comercial con el agotamiento de las incursiones vikingas.[2]

Tras la prolongada abulia que sigue a la caída del universo político de Roma, toma fuerza el empuje urbano, antes en el norte de Italia y después en los Países Bajos. Se abren mercados en los recién construidos burgos en las inmediaciones de castillos señoriales o en las ruinas de antiguas ciudades romanas que vuelven a la vida. Las ferias concentran los excedentes locales y productos que vienen de más lejos cuarteando la autarquía y el autoconsumo. Se abren posibilidades de especialización tanto en la agricultura como en la artesanía y la manufactura. El inmovilismo ligado a la tierra y a sus papeles sociales codificados se va resquebrajando para anular aquello que había sido cierto por siglos, o sea, que la sociedad medieval estaba compuesta por tres clases de personas: los que rezan, los que combaten y los que trabajan.[3] Mien-

[1] Algunos establecen una causa directa que va del aumento demográfico al comercio, con la baja en los costos de transacción, y de ahí a nuevas tecnologías e instituciones; véase Douglass C. North y Robert Paul Thomas, *El nacimiento del mundo occidental: Una nueva historia económica (900-1700),* Siglo XXI Editores, México, 1973/1991, p. 85. Naturalmente, ésta es una simplificación analítica, una concatenación de causas que no toma en consideración ni sincronías mutuamente reforzadas ni contagios externos capaces de producir secuencias originales en varias partes de Europa.

[2] Refiriéndose al proceso que convierte a los vikingos de invasores y saqueadores periódicos de los dominios carolingios en comerciantes, Henri Pirenne señala: "Los vikingos son piratas y sabido es que la piratería constituye la primera etapa del comercio", *Historia económica y social de la Edad Media,* fce, México, 1933/1975, p. 23; véase, del mismo autor, *Medieval Cities,* Princeton University Press, Princeton, 1925/2014, pp. 64-65.

[3] Carlo M. Cipolla, *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy (1000-1700),* W. W. Norton, Nueva York, 1976/1994, p. 118.

tras el trabajo deja de ser sinónimo de servidumbre, en la sociedad aparecen figuras y profesiones que abren el mundo a lo inédito: la posibilidad de que la laboriosidad pueda ser fuente de riqueza.

En Flandes, las actividades comerciales favorecen la integración económica de un territorio poco extendido donde tiene gran éxito la producción de paños de lana que nutren fortunas urbanas y una nueva vida social en Gante, Brujas, Ypres, Arras, etc. A pesar de su inicial dependencia de Bizancio, Venecia toma paulatinamente el control del mar Adriático y de los puertos y ensenadas de su costa oriental, para convertirse en compradora y vendedora de variedad de productos. A la ciudad llegan especias, orfebrería y sedas de Oriente, ahí convergen cobre y plata desde el norte de los Alpes y del Báltico. De Venecia zarpan las galeras que llevan maderas, paños y productos de hierro para los caballeros templarios empeñados en las cruzadas e incluso para los musulmanes que a veces usan estas mismas mercancías para fines militares contra los propios venecianos.

Desde el siglo X, los suecos, convertidos en mercaderes, bajan el curso del Dniéper hasta llegar al mar Negro y a Constantinopla, y se convierten así no sólo en instrumentos de comunicación entre partes de Europa previamente incomunicadas, sino también en el viaje de retorno de Bizancio al Báltico, en instrumentos de evangelización cristiana de los pueblos rusos. En los espacios abiertos por el comercio pasan mercaderías, ideas, tecnologías y hasta religiones.

> La isla de Gotlandia —en la parte meridional del mar Báltico— cuyo suelo contiene, más aún que el de Rusia, innumerables depósitos de numerario islámico o griego, parece haber sido la gran etapa de este comercio y su punto de contacto con la Europa septentrional. Es probable que los normandos trocaran en dicha isla el botín hecho al enemigo en Inglaterra y en Francia por las valiosas mercancías traídas de Rusia.[4]

Pirenne, el gran historiador belga, describe un fragmento del renacimiento comercial europeo que se manifiesta desde la Baja Edad Media como una telaraña en expansión, de un lugar a otro, sin un diseño predeterminado.

Báltico y mar del Norte son testigos de las aventuras de la Hansa, liga comercial de ciudades alemanas entre las cuales destacan tempranamente Lübeck y Hamburgo. Transportando granos, madera, vino, carne, sal, etc., los barcos hanseáticos comercian hacia Occidente con Brujas y Londres y hacia Oriente llegan a Riga y Nóvgorod. Incluso, en el casi adormecido norte de España, desde el siglo XIII, Burgos se vuelve un importante centro para las exportaciones de lana dirigidas a los manufactureros flamencos, y dos siglos después tenemos una ruta marítima que parte de Sevilla y llega a Flandes para

[4] H. Pirenne, *Historia…, op. cit.,* p. 25.

proseguir hasta el Báltico. En el trayecto de España a Brujas, a veces operan flotillas de 120 barcos que anualmente cumplen el itinerario una o dos veces.[5]

En distintos puntos de Europa surgen jurisdicciones especiales para la protección de los mercaderes y la solución de controversias. En Inglaterra se llaman *Courts of Piepowders;* en París, *Parloir aux bourgeois*.[6] El comercio es protegido tanto como los mercantes foráneos de cuyas actividades depende el bienestar de las mayores plazas comerciales. El prestigio y el bienestar urbano dependen de la protección que las autoridades otorgan a sus visitantes de negocios.[7] Acerca de las famosas ferias de Champaña, cuenta Le Goff: "En 1222 dos mercaderes de Lille que dirigían una caravana que transportaba tejidos de Lille, de Ypres, Beauvais y Brujas, fueron atacados y desvalijados en el camino cerca de Como. El magistrado de Como les dio una indemnización de 95 libras imperiales".[8]

Se va haciendo cierta la posterior idea weberiana del derecho racional como requisito originario del capitalismo.[9] Para poder desarrollarse, las actividades comerciales requieren ser reconocidas como instrumento de prosperidad y, como tales, ser protegidas por las autoridades locales.

Desde el siglo XIV, algunos centros urbanos adquieren un peso considerable como nudos de grandes flujos comerciales. El más importante probablemente es Brujas, que experimenta grandes conflictos para afirmar su autonomía frente a los franceses, hasta convertirse en un polo de comercio y finanzas europeas que hospeda colonias permanentes de mercaderes que vienen de distintas partes de Europa y a los cuales, desde el siglo anterior, la ciudad reconoce el derecho de recibir la plena reposición de sus pérdidas por la quiebra de algún banco local.[10] Otro centro estratégico es Venecia, una de las ciudades más opulentas y cosmopolitas de la época. Sin embargo, cuando se abren las nuevas rutas de comercio marítimo con el Oriente y con las Américas, la ciudad lagunar tiene que ceder su posición privilegiada a favor de Amberes. Durante casi todo el siglo XVI, este puerto flamenco será el centro comercial más importante del mundo, lugar de llegada y salida de miles de barcos que cargan toda clase de mercancías.

[5] Gloria Cristina Flórez, "Vicissitudes of Commercial Trading: Castile and Flanders at the End of the Fifteenth Century (1474-94)", *The Medieval History Journal,* vol. 6, núm. 1, 2003, pp. 36-40.

[6] Con razón decía Karl Polanyi: "La simple penetración del comercio en la vida diaria no era condición suficiente para crear una [nueva] economía, en el nuevo y distintivo sentido del término, se requerirían varios ulteriores desarrollos institucionales", en Harry W. Pearson (coord.), *The Livelihood of Man,* Academic Press, Nueva York, 1977, p. 7.

[7] Véase Oscar Gelderblom, *Cities of Commerce: The Institutional Foundations of International Trade in the Low Countries (1250-1650),* Princeton University Press, Princeton, 2013, p. 142.

[8] Jacques Le Goff, *La Baja Edad Media,* Siglo XXI Editores, México, 1965/1979, p. 184.

[9] Max Weber, *Economía y sociedad,* 2ª ed., FCE, México, 1922/1964, p. 1048.

[10] James M. Murray, *Bruges, Cradle of Capitalism: 1280-1390,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 221.

El norte de Italia, que todavía en los siglos XV y XVI seguía siendo una de las áreas más dinámicas de la economía europea —con un gran desarrollo de actividades manufactureras en Milán, Brescia, Como, Cremona, Pavía, Florencia, etc., y con una de las agriculturas más avanzadas de la época— conoce desde el siglo XVII una decadencia progresiva. De 20 000 piezas de paño producidas anualmente por Venecia a comienzos de 1600, se pasa a poco más de 2 000 hacia fines del siglo. De los 30 000 telares de la industria de la seda en Como a comienzos del siglo XVII, sólo quedaban dos en 1650. También, a comienzos de ese siglo había en Milán entre 60 y 70 firmas productoras de tejidos; en 1682 quedaba una.[11] Un desplome. Muchas razones se han esgrimido para explicarlo y, con insistencia, sobre todo una: Venecia pierde peso en el comercio mundial frente a nuevos centros europeos más dinámicos; así, su función de arrastre hacia los centros urbanos del norte de Italia se debilita, una explicación cierta, pero parcial. Otras dos circunstancias deben considerarse. La primera: en un tiempo en que Europa está consolidando las grandes unidades nacionales modernas, Italia, y el norte del país en particular, sigue fragmentada en pequeños Estados independientes. El apoyo decidido de gobiernos nacionales a las iniciativas económicas en sus territorios benefició a los grandes negociantes de Holanda, Francia e Inglaterra, algo que no ocurrió con los comerciantes de los pequeños Estados italianos. Además, dadas sus reducidas dimensiones, éstos no pudieron desarrollar mercados amplios, capaces de complementar con su propio dinamismo las oscilaciones de la demanda internacional, sin dejar de considerar que una parte importante de la Italia septentrional es dominada por España entre 1540 y 1706. Cuando en 1616 los venecianos pidieron la ayuda de holandeses e ingleses frente al ataque de la Armada Invencible (que, por cierto, ya había sido derrotada 28 años antes en el paso de Calais por los ingleses), este solo hecho indicaba la debilidad de la que fue la mayor potencia marinera del Mediterráneo.[12]

Retrocedamos en el tiempo. Desde el siglo XI el renacimiento de los comercios europeos avanza en paralelo con la urbanización. Nacen nuevas ciudades, mientras antiguas urbes romanas resurgen de las ruinas y se ensanchan obligando a sucesivos desplazamientos hacia el exterior de sus antiguas murallas. Muchos castillos fortificados se vuelven burgos, los burgos crecen y se convierten en grandes aldeas y algunas de ellas se transforman en ciudades que hospedan talleres artesanales, bancos, universidades, tribunales y demás. Entre los años 1000 y 1340, las poblaciones europeas de más de 20 000 habitantes pasan de cerca de 40 000 a más de 100 000.[13] Es el pasaje de una cultu-

[11] Carlo M. Cipolla, *La decadencia económica de los imperios,* Alianza, Madrid, 1999, pp. 157-160.

[12] Carlo M. Cipolla, *Vele e cannoni,* Il Mulino, Bolonia, 1983, p. 74.

[13] Paul Bairoch, *Cities and Economic Development: From the Dawn of History to the Present,* The University of Chicago Press, Chicago, 1988, p. 136. En algunos casos, oscuras aldeas se convierten en bulliciosas ciudades como es el caso de Montpellier, Dijon y Lille, en Francia, de

ra tradicional, ligada a la tierra y a sus exclusiones y privilegios, a la cultura de la innovación, del localismo al cosmopolitismo, de la voluntad del *Señor,* como centro organizador de la vida colectiva, a la multiplicación de agentes sociales, de la producción para el consumo local hacia la producción para el mercado, del poder como riqueza, a la riqueza como poder. Las ciudades modifican la balanza de la autoridad a favor de sí mismas y se vuelven símbolos vivientes de transformación, mientras experimentan nuevas técnicas y novedosas ideas sociales. En 1288, 23 años antes de que los Visconti establecieran su *signoria,* Milán era una ciudad de 200 000 almas, que al interior de sus muros contaba con 200 iglesias, 400 panaderías, 150 posadas, 80 herreros y 10 hospitales.[14] Apenas unas décadas antes, la ciudad había tenido que enfrentarse al ejército imperial de Federico Barbarossa y a su orgullosa caballería aristocrática. Asombrosamente, el ejército de bodegueros salió victorioso (1176); lo mismo que más de un siglo después (en 1302) hicieran las milicias municipales de Brujas contra la caballería real francesa.

Los mercados urbanos fijan los precios para los productos agrícolas, mismos que influyen sobre las decisiones productivas y técnicas de parte de los productores en áreas cada vez más amplias. En las ciudades más grandes el mercado termina por ser cotidiano. Leamos a Braudel:

> En todos lados el crecimiento de los intercambios conduce a las ciudades a construir *halles,* o sea mercados cubiertos, rodeados a veces por mercados al aire libre. Estos *halles* son generalmente mercados permanentes y especializados […] El de Londres, Blackwell Hall, construido en 1397, reconstruido en 1558, destruido por un incendio en 1666, reconstruido en 1672, era de dimensiones excepcionales.[15]

El comercio se desprende tempranamente de su anterior carácter de aventura, para organizarse a través de representantes de las casas comerciales que, con frecuencia, asumen también funciones de prestamistas. El tejido comercial fluido de las ferias de Champaña es poco a poco sustituido por una red organizada. "El antiguo viajero se transforma gradualmente en un administrador de negocios que pasa gran parte de su tiempo detrás de un escritorio examinando informes y expidiendo instrucciones."[16] En el siglo XIV, probablemente

Berlín, Leipzig, Núremberg y Múnich, en Alemania, y de prácticamente todas las ciudades holandesas. Pero hay que añadir Amberes, Copenhague, Edimburgo, Moscú, Oslo, Estocolmo, Viena y Varsovia. También se da el caso de pequeñas ciudades convertidas en grandes metrópolis. Entre el año 1000 y el 1200, la población de Venecia pasa de 45 000 a 70 000 habitantes, la de París de 20 000 a 110 000 y la de Colonia de 20 000 a 50 000.

[14] J. Le Goff, *op. cit.,* pp. 183 y ss.

[15] Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo: Siglos XV-XVIII,* t. 2: *Los juegos del intercambio,* Alianza, Madrid, 1979/1984, pp. 12-13.

[16] Raymond de Roover, "The Organization of Trade", en M. M. Postan *et al.* (coords.), *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 3, *Economic Organization and Policies in the Middle Ages,* Cambridge University Press, Nueva York, 1971, p. 43. Registremos el enunciado de Werner